

13/03/2015

CARTA - Queridos hermanos: El Señor os de la paz.

En esta carta, que os llegará durante la cuaresma, quiero centrar mi discurso en el tema de la comida y de la alimentación, en los graves problemas ligados por una parte a la plaga del hambre y, por otra, a la sobrealimentación, así como en las injusticias que se perpetran en la producción, distribución y goce de cuanto debería servir para satisfacer las necesidades de todos. Entre alimento y espiritualidad hay siempre una relación estrecha, inseparable, y no solo de carácter funcional: somos lo que comemos y también lo que no comemos, y la relación con el “pan de cada día”, que es nuestro y de los demás, que es don del Señor para que a nadie le falte, dice mucho de nuestra identidad cristiana.

El tema de la comida pone a la Iglesia directamente en relación con el mundo, en el sentido de que la Iglesia que sale de sí, delineada por el Papa Francisco, debe abandonar hoy la autoreferencialidad para caminar al paso de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. En este sentido, los religiosos son hombres de frontera, llamados a vivir creativamente el mismo reto de los demás (y el de la comida es uno de los más importantes) en un clima de auténtica colaboración y audacia profética. De hecho, su “no ser del mundo” no puede justificar de ningún modo un retirarse del mundo por desinterés, porque, como afirmó Teilhard de Chardin, “sin el mundo, la Iglesia es como una flor fuera del agua”. Si por una parte la Iglesia es lugar de salvación para el mundo, el mundo es salud para la Iglesia, lugar de encuentro, de comunicación, de intercambio para los discípulos de Jesús en camino. Escribe el Papa Francisco: “¡Alcanzamos la plenitud cuando rompemos muros y el corazón se nos llena de rostros y de nombres!” (Evangelii gaudium n. 274). Con este espíritu queremos tratar un tema central y urgente para la vida del mundo.

La gente considera a los franciscanos personas frugales, también en la mesa, y sobre todo, hermanos universales atentos a las necesidades de todos, en particular de los pobres. ¿Estamos a la altura de esta fama? ¿Podemos repensar de modo creativo nuestro estilo de vida y de alimentarnos? Podemos analizar los criterios con que usamos los bienes de la tierra? El ideal que nos impulsa a querer cambiar el mundo empieza con gestos sencillos y cotidianos, compartidos y fraternos, asumidos como signos de la bendición de Dios sobre nosotros y, a través de nosotros, sobre el mundo.

A este punto no puedo dejar de mirar, junto con vosotros, la situación general de nuestra Orden, tal cual se va delineando en esta segunda década del tercer milenio. Mi carta quiere ser la primera de una serie dedicada a la solidaridad y a los estilos de vida. No sólo para testimoniar al mundo que la sequela profética transforma la existencia y la abre al don de sí, sino también para que entre nosotros, a todo nivel (individual, convento, provincia, circunscripción, Orden), se preste la debida atención a las necesidades de “los más pequeños”, como individuos y como colectivos. En el último Capítulo general, celebrado en Asís en enero del 2013, se aprobó una moción (la n. 4) en la que se pide incentivar la solidaridad fraterna. Naturalmente no del pan que pudiera faltar, sino en referencia a la posibilidad de ofrecer una formación cualificada, sobre todo en las áreas más pobres de la Orden, valorizando aquel Discípulo Franciscano que, con la redacción de las nuevas Constituciones, constituye una de las dos herramientas para poner por obra las prioridades de la Orden (Vivir el Evangelio) en el sexenio 2013-2019...

[Comida que alimenta. Para una vida sana y santa](#)